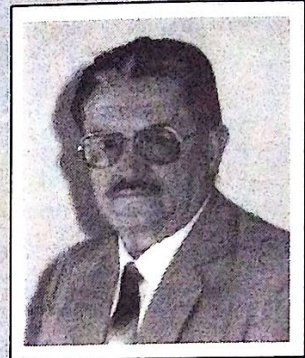


HUGO MERCADO AYALA

HUGO MERCADO AYALA - Cochabamba 1923. Radicado en Oruro por más de 50 años, con dedicada labor a actividades empresariales, dirigencia deportiva y la creación literaria. En 1949, puso en evidencia sus cualidades al haber accedido al primer premio del concurso literario auspiciado por la Municipalidad de Oruro. Su novela testimonial TRES CRUCES EN EL CAMINO aparecida en 1963, que se inspira en el sangriento atraco de Calamarca, le afirma su condición de acucioso escritor.

Tiene en preparación el libro JAQUE MATE AL TEDIO, sobre temas de Filosofía y Política. EL DUENDE, en su edición N° 150, se ha adelantado en publicar un sugerente fragmento: "De Schopenhauer a Nietzsche".



Tres cruces en el camino

II

Aquel día el vasco Anselmo se había levantado de su camastro "con el paso cambiado". Ya en el patio de recreo, junto con los demás presos, concluidos los ejercicios de gimnasia, el vasco sostuvo una pelea a cuchilladas con un famoso matón, Graciano, que estaba por el segundo año de una condena de treinta por asesinato.

Días antes habían circulado en las celdas del penal de San Nicolás, rumores acerca de un robo sufrido por Graciano. Se trataba, según comentaban los reclusos, de un precioso cortaplumas de siete hojas que guardaba como un tesoro. El vasco, haciendo gala de una mordaz jocosidad que a veces afloraba en su charla, se había burlado del asunto en presencia de varios amigos del matón. Por eso Graciano odiaba al vasco. Esa mañana, al encontrarse ambos casualmente, quiso cobrarse la afrenta.

- Eh, vasco -llamó Graciano con voz incierta y autoritaria. Ven, quiero hablarte.

El vasco, en uno de sus frecuentes estallidos de mal humor, al interrumpírsele su media hora de descanso al sol, contestó con acritud:

-¿Que pasa?

-¡Mi cortaplumas! -bramó Graciano-, me han dicho que estás en tu poder. ¡Devuélvemelo o si no...!

-Yo no manejo la basura de nadie ¿oyes? -chilló el vasco, altanero-. Y tampoco me asustan las amenazas.

-¿Basura? ¿Basura dices, canalla...? ¡Ahora te voy a dar!

Y diciendo esto Graciano extrajo un puñal muy rápidamente y lanzó su mano armada hacia el cuerpo del vasco. Mas éste ya estaba en guardia y eludió el golpe diestramente, como alguien habituado a esa clase de pelea, mientras se empleaba a fondo con su propio puñal.

Los demás presos habían acudido prestos a ver la lucha y gozaban del espectáculo. Unos rugían de satisfacción mientras otros, silenciosos pero igualmente emocionados, observaban sin perder detalle y, según sus preferencias, gritaban:

-¡Mátalo, vasco, mátalo! ¡Cuidado!

O también:

-¡Eh, Graciano! ¡A ver, destripa a ese desgraciado!

Cuando aparecieron los guardias uno y otro estaban ya malheridos; mientras el español presentaba una profunda herida en el brazo izquierdo y otra en el hombro, Graciano se

apretaba el estómago con una mano en un vano intento de evitar el chorro de sangre que brotaba de una gran abertura que el vasco le hiciera en el abdomen. Grandes manchas de sangre cubrían sus caras y sus uniformes carcelarios.

-Yo no sé cómo hacen estos malditos para estar siempre armados -comentaba uno de los guardias mientras conducían a los heridos a la enfermería.

Días después el vasco conoció a Grover. Este iba dos mañanas por medio a que le pusieran unas inyecciones y aprovechaba los minutos que el centinela le permitía para conversar con su nuevo amigo, al que admiraba por la forma cómo se había desenvuelto en su pleito con el matón. Una vez curado el vasco, se buscaron mutuamente y estrecharon su amistad. Finalmente llegaron a las confidencias.

Grover, a quien faltaba sólo unos meses para cumplir su condena por robo, confió al vasco una noche los detalles de un proyecto que tenía para un asalto grande. Tan grande que dejaría ricos a los que lo realizaran de acuerdo con sus propias declaraciones.

-Es terriblemente gorda la cosa, querido vasco -le decía- y tan fácil que parece mentira... Francamente tú nunca soñaste con tanto dinero junto.

-Sí, ¿eh? Un golpe grande y fácil. Sin embargo lo primero que pasa es que te encuentras en jaula por un trabajo mal hecho de doscientos pesos.

-¡Ah, atorrante! No me embarres esto ¿quieres? Aquello fue distinto. Te digo que lo he planeado a conciencia; es el más rico botín de la vida: ¡Un millón de dólares bien puestos! ¿Qué me dices?

El vasco parpadeó brevemente e hizo una mueca como si algo le molestara. Al cabo, picado por la curiosidad y convencido a medias preguntó con los ojos brillándole:

-¿Cuántos harán el trabajo? ¿Te sientes capaz, compadre?

- Cuatro o cinco ñatos con agallas, a lo más -dijo Grover-. ¿Creo que podré? ¡Claro que sí, hombre! Tengo afuera un socio que continúa con los planes y preparativos. Necesitamos un par de tipos como tú, ágiles y decididos, nada más.

-Así está bueno -exclamó el vasco-. En mi patria he hecho trabajos que requieren tipos duchos y he despachado a varios en la guerra civil, ¿no es eso una buena recomendación?

-Eso lo veremos pronto al recibir yo la visita de mi amigo. Entretanto pórtate bien, vasco, y te aseguro que cuando salga de esta cochina jaula me acordaré de ti.